

ala delta

Carmen
GARCÍA IGLESIAS

LAS NOVIAS DE RUFO Y TRUFO



Lectulandia

Rufo y Trufo son buenos amigos. Viven en la misma casa y, como a todos los gatos, les molestan los cambios. Sin embargo, al trasladarse a la casa de campo, conocen a un par de gatitas por las que a punto estarán de perder sus bigotes.

Carmen García Iglesias, licenciada en Historia del Arte, escribe e ilustra historias para los más pequeños y se encarga de las páginas infantiles del dominical *El Semanal*.

En esta colección:

- *Aventuras de Rufo y Trufo*.
- *Rufo y Trufo cambian de casa*.

Carmen García Iglesias

Las novias de Rufo y Trufo

Ala Delta: Serie Roja - 187

ePub r1.0

Titivillus 19.09.2020

Carmen García Iglesias, 1995
Ilustraciones: Carmen García Iglesias
Diseño de cubierta: José Antonio Velasco

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

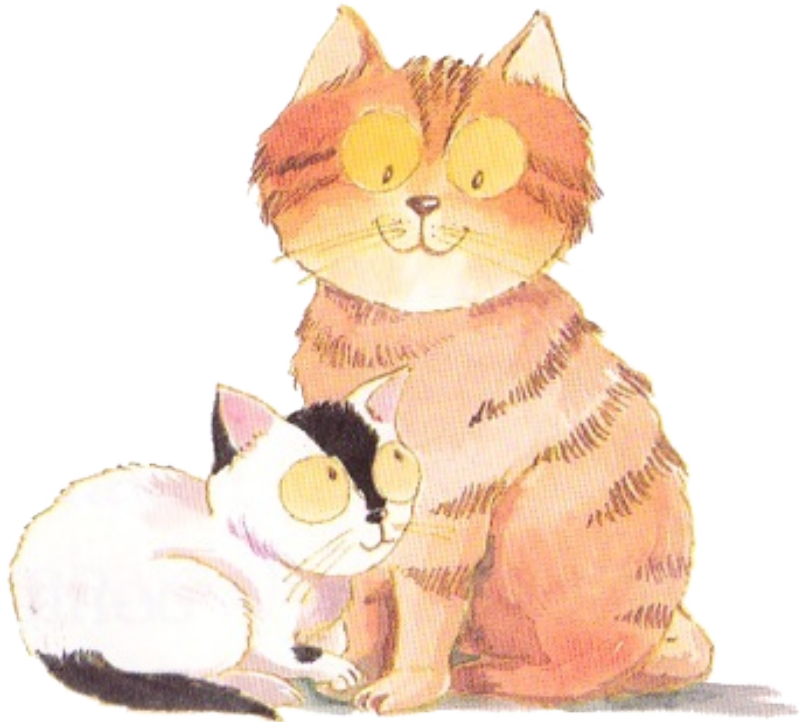


*A Laura, Javier y Fernando,
y también a Carlos, Guillermo y Arancha.*



En una casa muy bonita vivían dos gatos: Rufo, el más pequeño, y Trufo, el mayor. Se pasaban el día en la terraza, donde tomaban el sol entre los tuestos, hacían carreras y, en verano, hasta se quedaban a dormir.

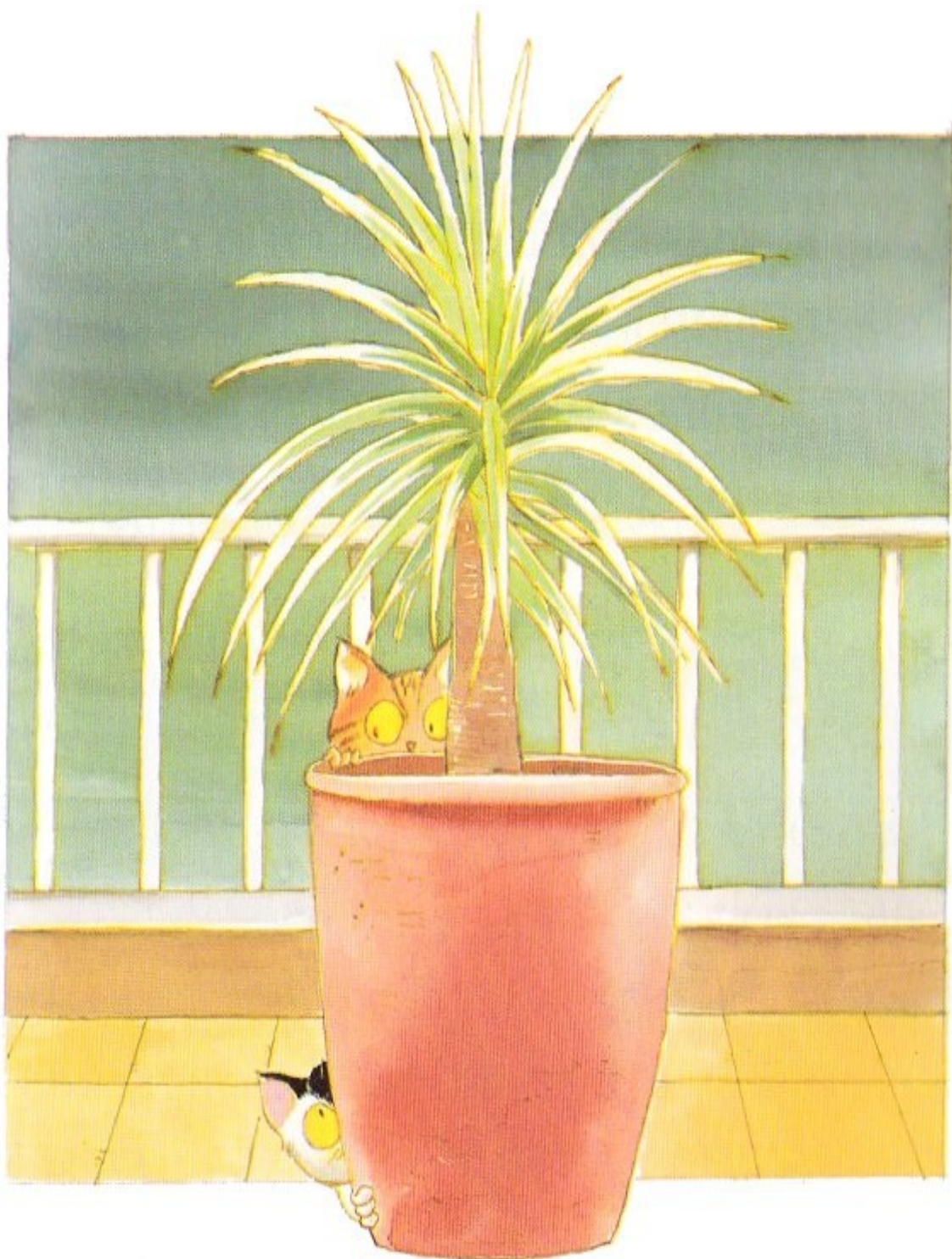
Sin embargo, allí era muy difícil conocer a otros gatos: no podían recorrer los tejados ni hacer excursiones, y a veces se sentían un poco aburridos.



Un día notaron que las personas de la casa no dejaban de moverse de un lado para otro, sacando ropa de los armarios y bajando maletas.

—¿Tú crees que nos van a volver a cambiar de casa?
—dijo Rufo preocupado, ya que no hacía mucho que se habían mudado y a ningún gato le gustan los cambios.

—No lo sé, pero no te separes mucho de mí, no vayamos a perdernos como la otra vez —le contestó Trufo.



Por si acaso, los dos gatos salieron a la terraza sin que nadie los viera y se escondieron debajo de una planta grande para que no los encontraran.

Pasó mucho tiempo y, cuando estaban más confiados, oyeron que los llamaban.

—¡Rufo, Trufo! ¿Dónde estáis?

—¿Qué hacemos, salimos a ver si nos dan de comer?

—dijo Rufo, que siempre estaba pensando en la comida.

—No sé... No sé... —dudaba Trufo.

Pero su amigo salió tan campante y se fue hacia la cocina. Al rato, como no se oía nada, salió Trufo y vio a Rufo metido en una cestita con ventana.

Casi sin darse cuenta, lo atraparon y lo metieron en otra igual. Los dos gatos estaban asustados.

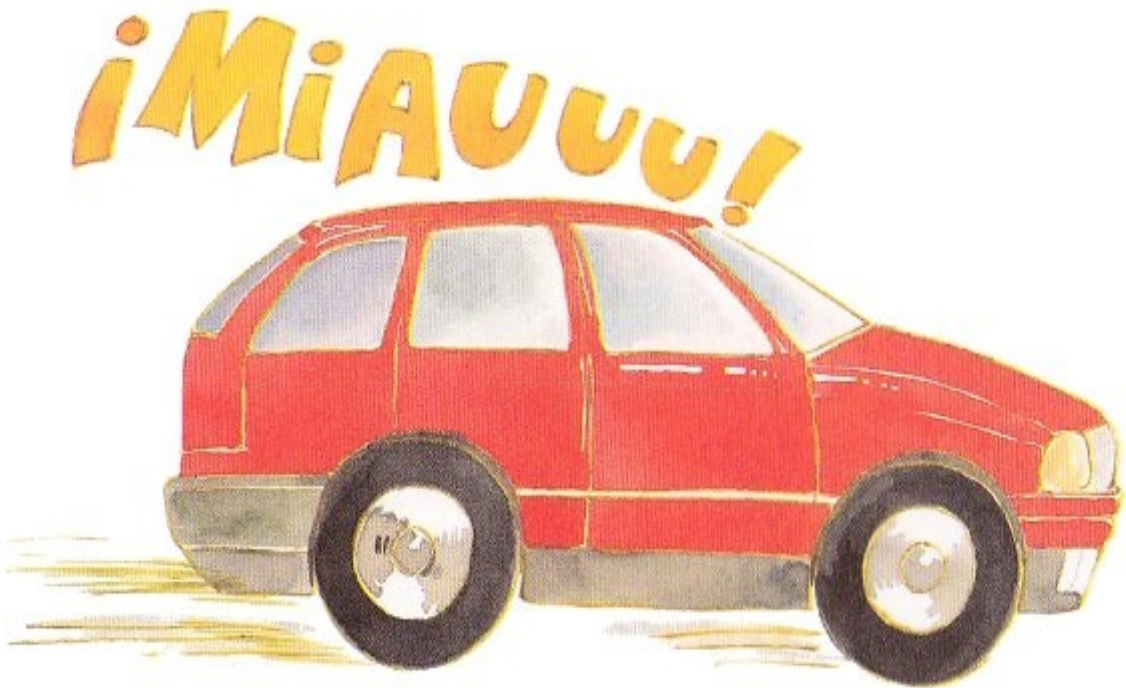
—¡Ay, ay, ay! Esto no me gusta nada —se lamentaba el más pequeño, asomando una pata por la ventana de su cesta.



Los metieron en un coche e hicieron un largo camino, durante el cual no pararon de maullar.

Al fin llegaron a una casa en medio del campo. Muy cerca había otras casitas parecidas.

Los dos gatos pensaban que los iban a abandonar, pero no fue así. Aunque ellos aún no lo sabían, sólo habían cambiado de ambiente.





Rufo y Trufo investigaban por la casa y miraban por la ventana. Una mañana vieron que varios gatos paseaban juntos por la calle.



—¡Anda! ¡Fíjate, Rufo, esos gatos van por la calle! Y parecen amigos. ¿Crees que podremos salir de casa y tener amigos como ellos?

—¡Por qué no? —dijo Rufo lleno de contento.



Todas las ventanas estaban abiertas.

Se encaramaron al alféizar y, con mucho cuidado, saltaron fuera. No se lo podían creer: pisaban la hierba del jardín y les hacía cosquillas en las almohadillas de las patas.

Fueron corriendo detrás de los gatos que habían visto y les llamaron desde lejos:

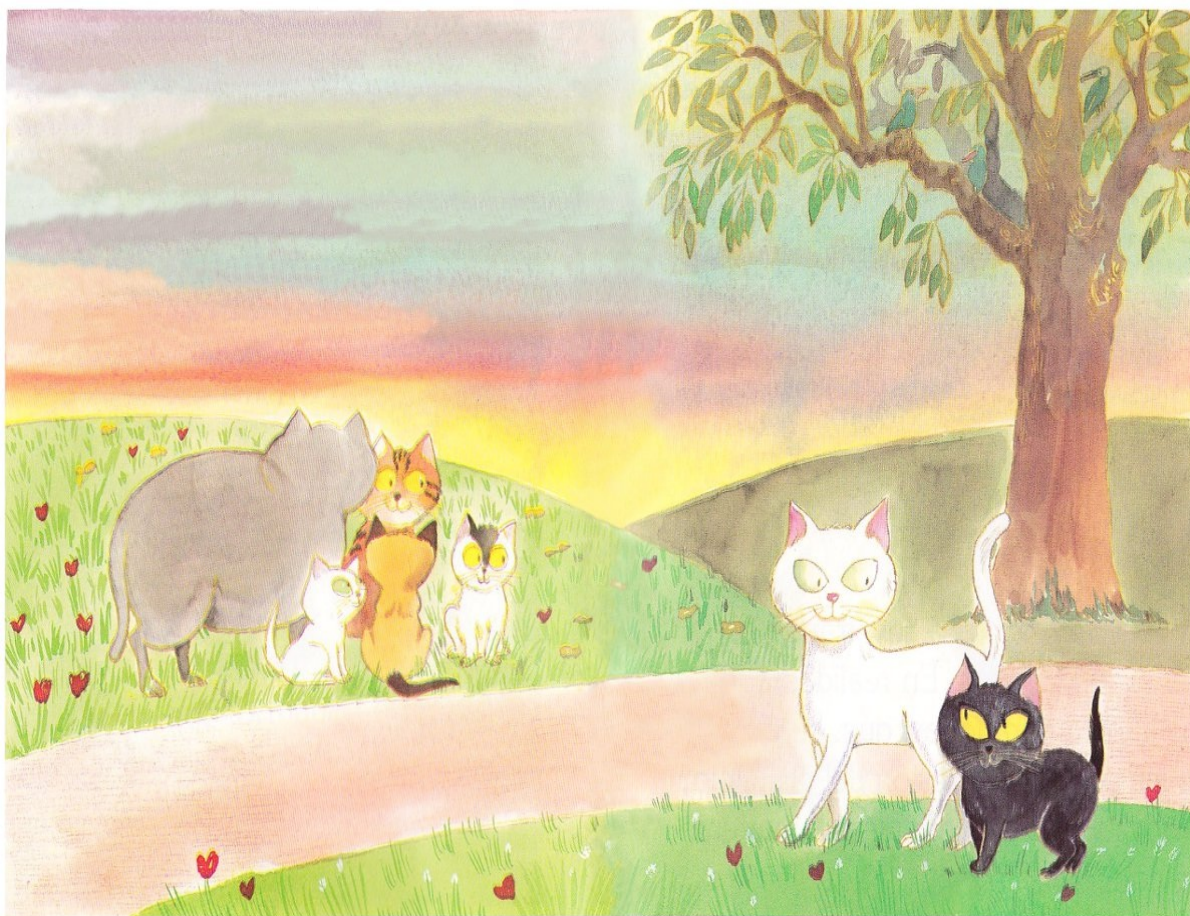
—¡Eh, amigos! ¡Esperadnos!

Cuando se reunieron con ellos, descubrieron que eran muy simpáticos. Les contaron que formaban pandillas y que se dedicaban a hacer excursiones por los jardines de todos los vecinos, charlando con unos y con otros.



Mientras estaban en esto, llegaron dos gatitas preciosas.

Rufo y Trufo no sabían qué decir. Les salió un «hooola» tembloroso y un poco ridículo. Se llamaban Luna y Tuna. La primera era toda negra, y la segunda, completamente blanca.





Volvieron a casa suspirando y pensando en ellas. En realidad apenas los habían mirado, así que, cuando se les pasó la impresión del principio, empezaron a planear alguna manera de conocerlas mejor.

Todos los días salían a la calle y se encontraban con los gatos de la pandilla. Luna y Tuna seguían sin hacerles ni caso, y ellos, al verlas, maullaban verdaderas tonterías.

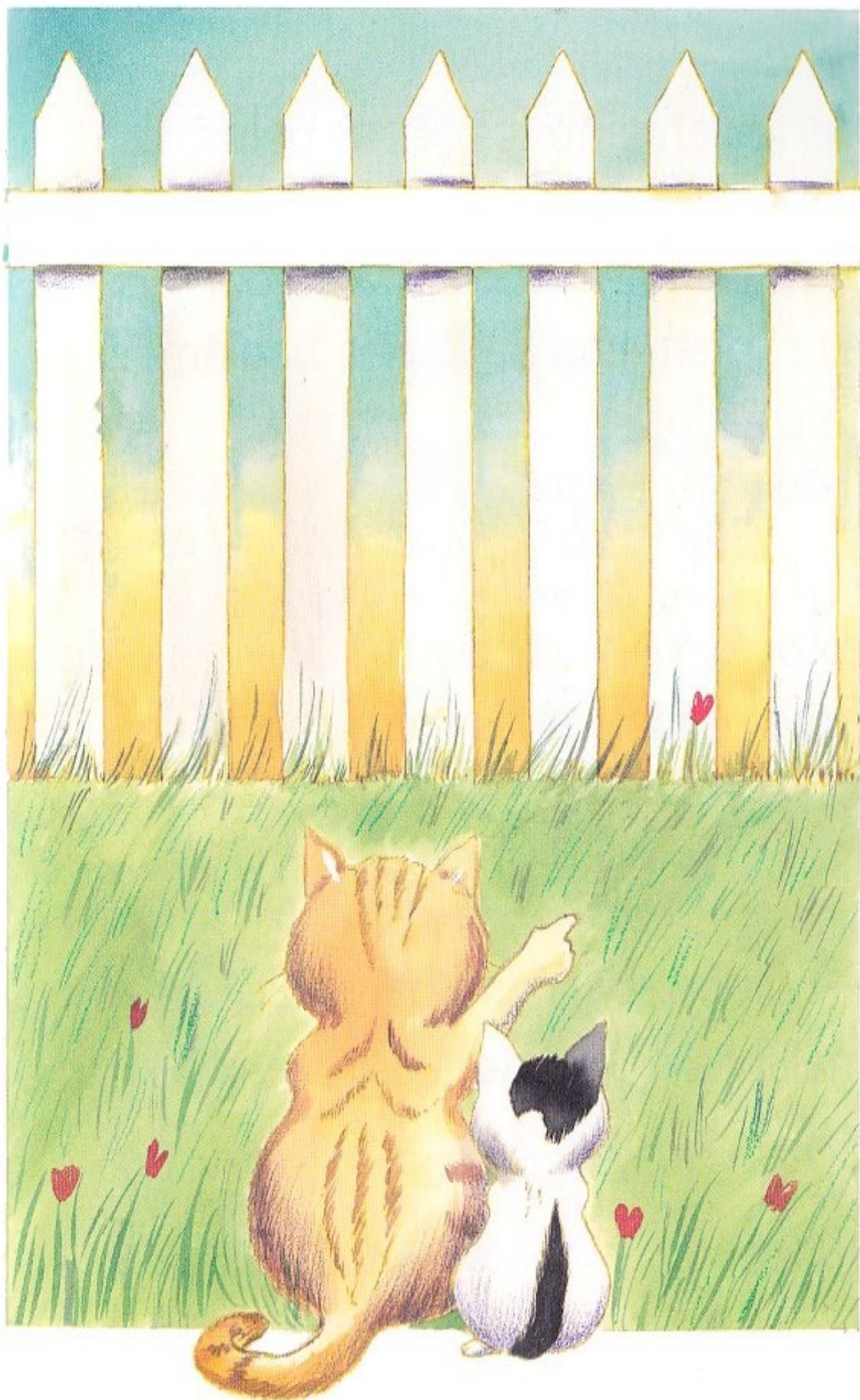
Como aquello no progresaba, decidieron hacer alguna cosa para llamar su atención.



Sabían que todas las tardes las dos gatas pasaban por uno de los jardines, y Rufo dijo a Trufo:

—¿Qué te parece si nos paseamos por encima de la valla haciendo equilibrios para que vean lo valientes y deportistas que somos?

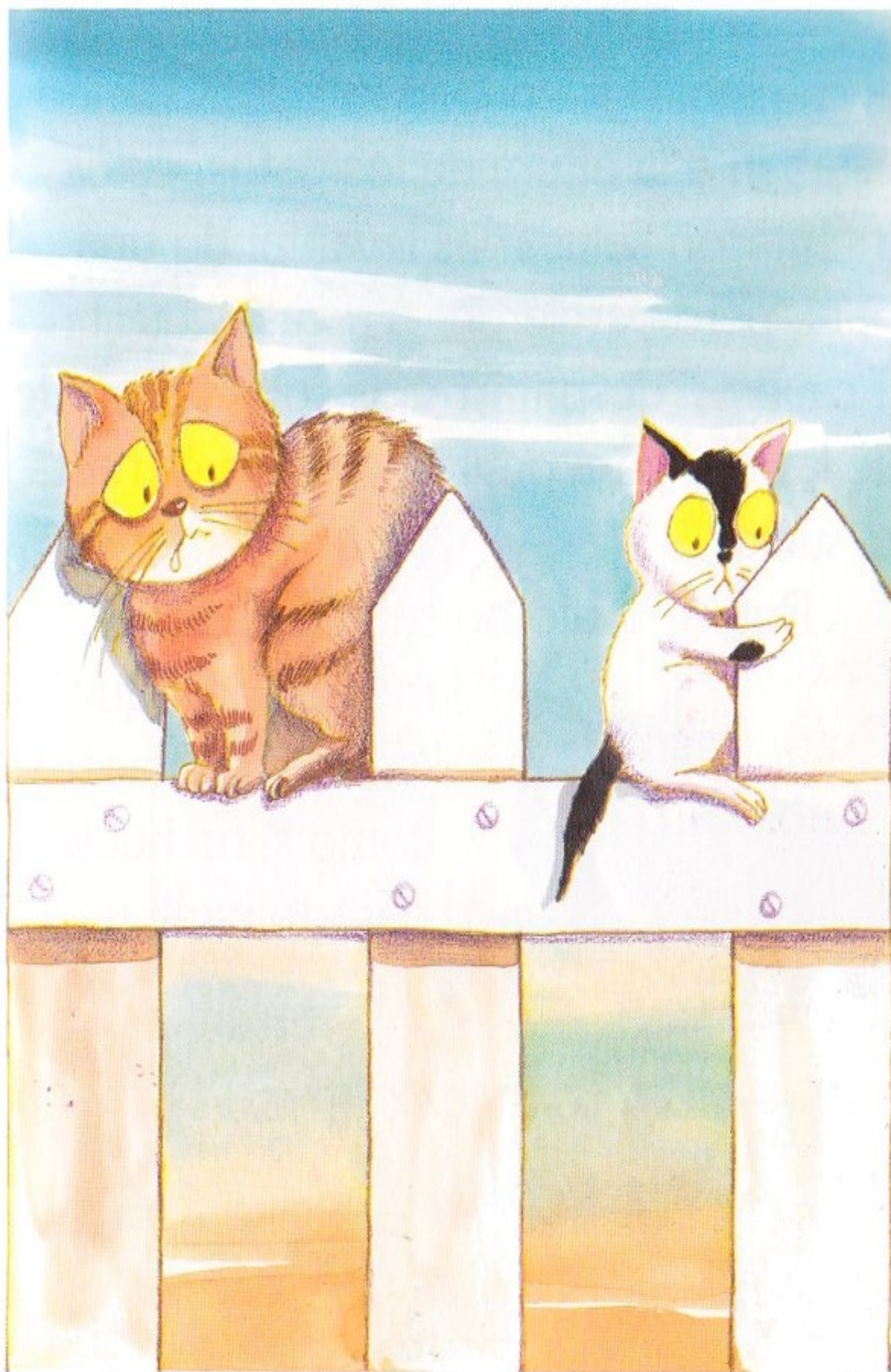
—Estupendo, estupendo... Así comprobarán que estamos en plena forma.



Se lavaron bien y colocaron perfectamente todos sus pelos. Esa misma tarde se subieron encima de la valla y se dieron cuenta de que era más alta y estrecha de lo que habían calculado.

—¡Ay, ay, qué estrecho es esto! Estoy muy asustado —decía Rufo, mientras las cuatro patas le temblaban.

—¡Es cierto! Y qué alto... —contestaba Trufo haciendo malabarismos para sostenerse—. Será mejor que nos estemos quietecitos hasta que pasen.

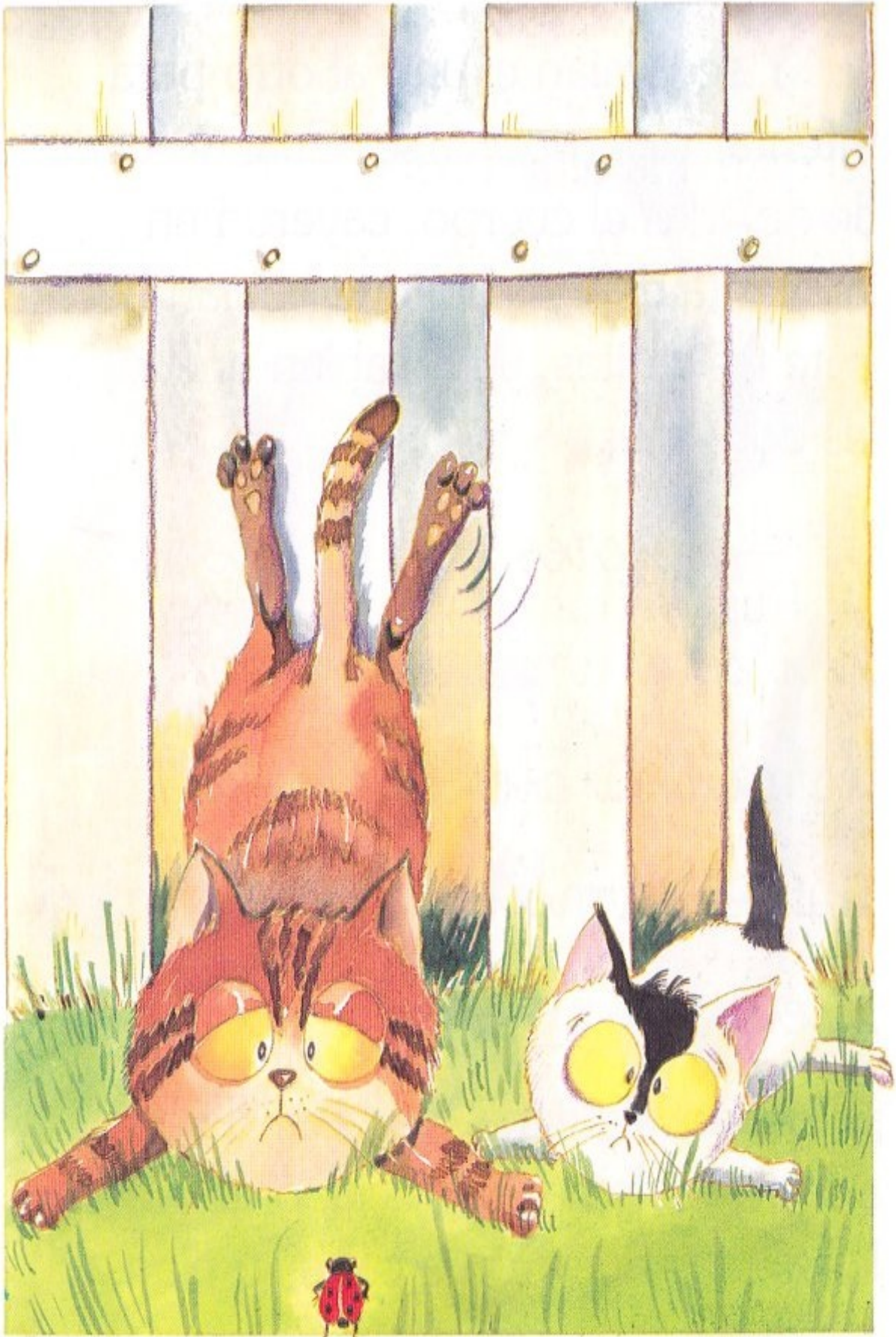


Luna y Tuna venían charlando por el camino, siguiendo el vallado. Cuando estaban a la altura de los gatos, éstos intentaron saludarlas levantando una pata, pero perdieron su escaso equilibrio y cayeron despatarrados sobre el borde de la valla para deslizarse después hasta el suelo.



Rufo y Trufo no sabían dónde meterse, así que decidieron hacer como si no hubiera pasado nada y volver a casa.

—¡Qué batacazo, madre mía! ¡Qué golpe!
—se lamentaba Rufo.



Y se lamían el uno al otro para intentar recomponerse. Cuando dejó de dolerles el cuerpo, cayeron en la cuenta del ridículo que habían hecho ante las gatitas, y no sabían qué les dolía más.

—Yo creo que es mejor subirse a un árbol para llamar su atención —dijo Trufo—. También resulta muy atlético, y no es tan fácil caerse.

Al día siguiente, a pesar de que a Rufo no le hacía gracia lo de volver a las alturas, llevaron a cabo su plan.



Y allí estaban los dos, agarrados a una rama bien alta, esperando a que pasaran Luna y Tuna.

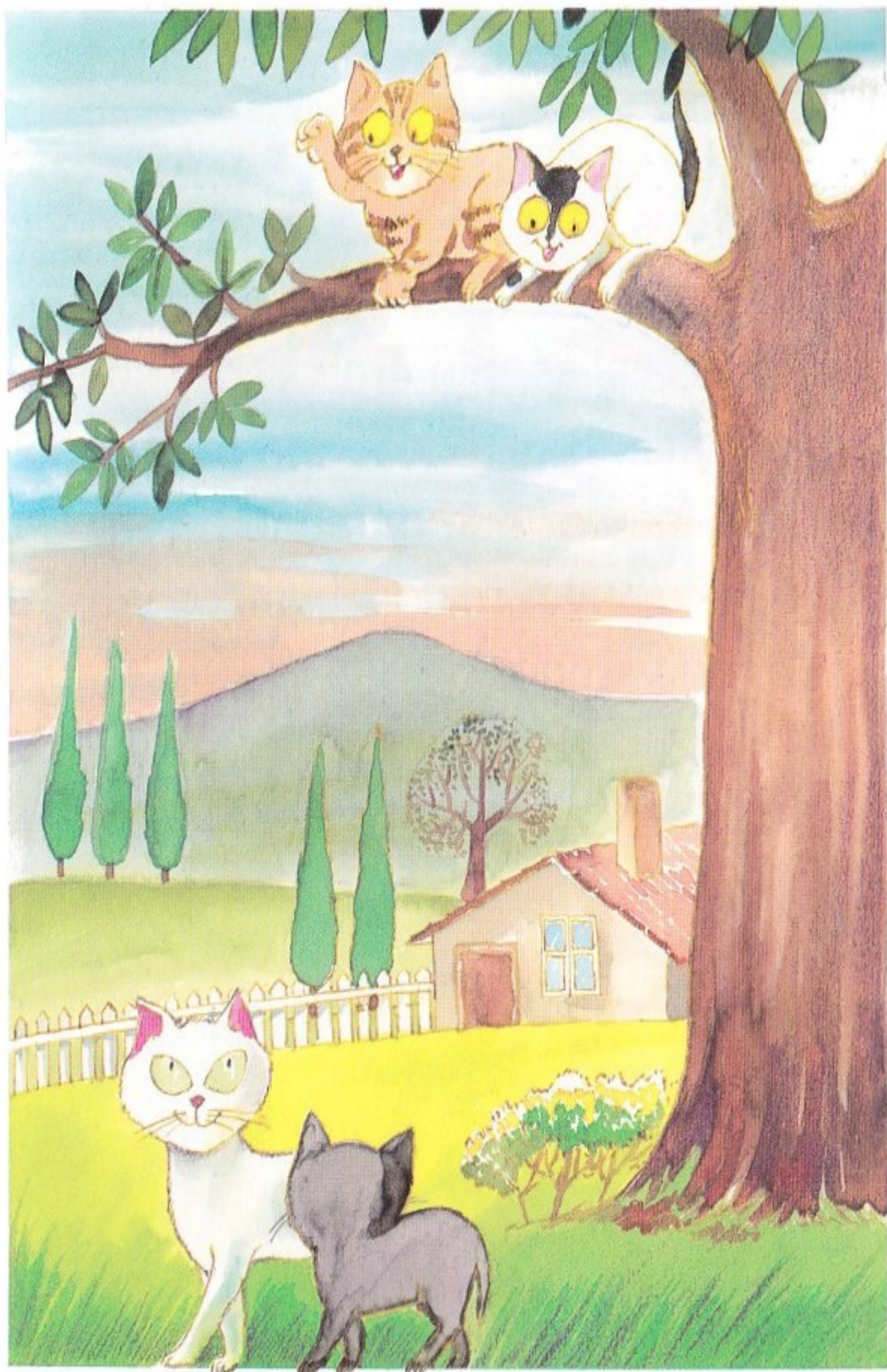
Al fin aparecieron y las saludaron.

—¡Hola, bonitas, estamos aquí! Nos llamamos Rufo y Trufo —dijeron a dúo.

Ellas, al principio, no sabían muy bien de dónde salían aquellas voces, pero, cuando al fin se dieron cuenta, dijeron:

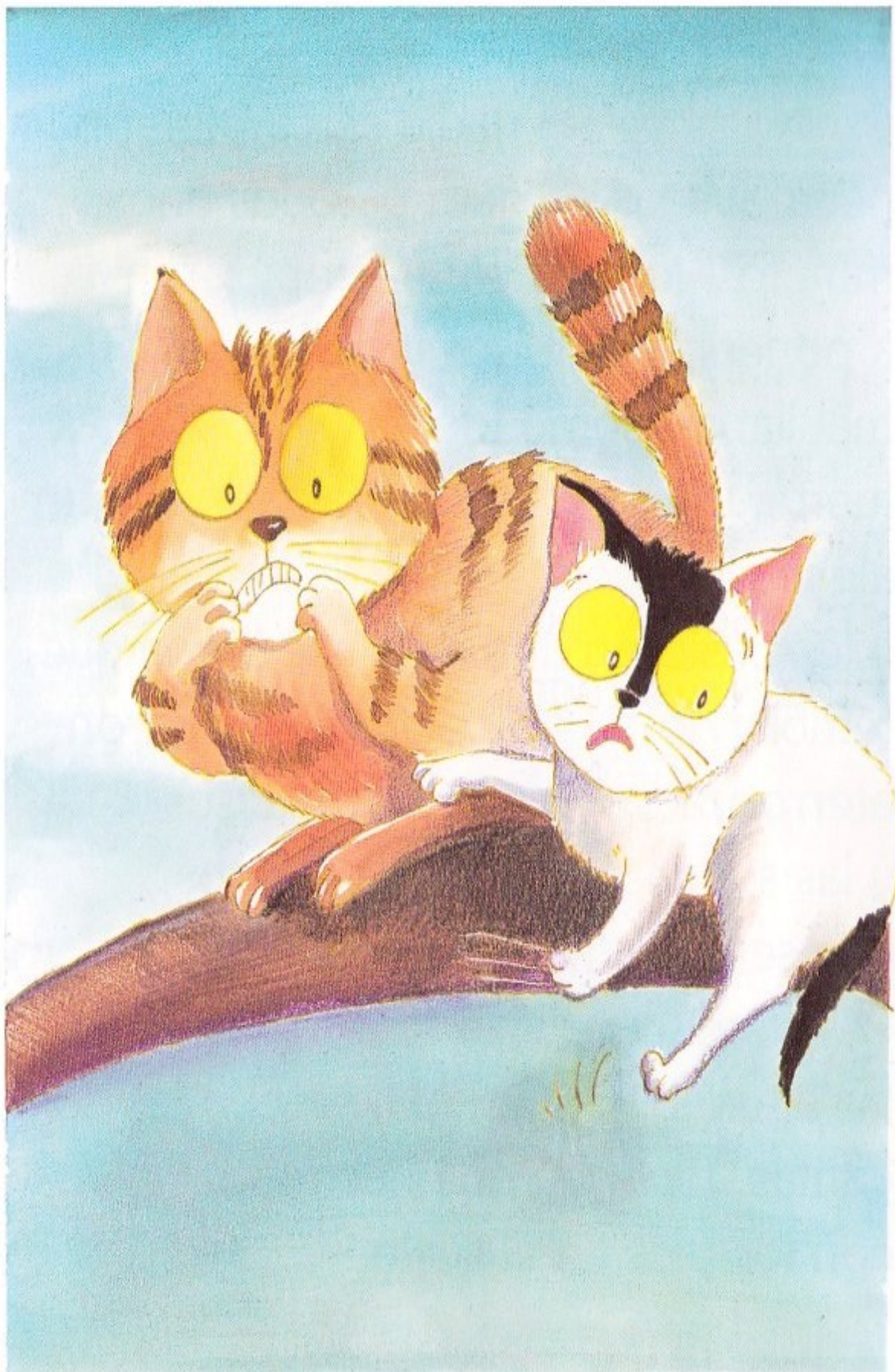
—¡Anda, pero si sois otra vez vosotros!... Parece que os gusta estar en los sitios más altos, ¿eh?

Y se fueron tan tranquilas.



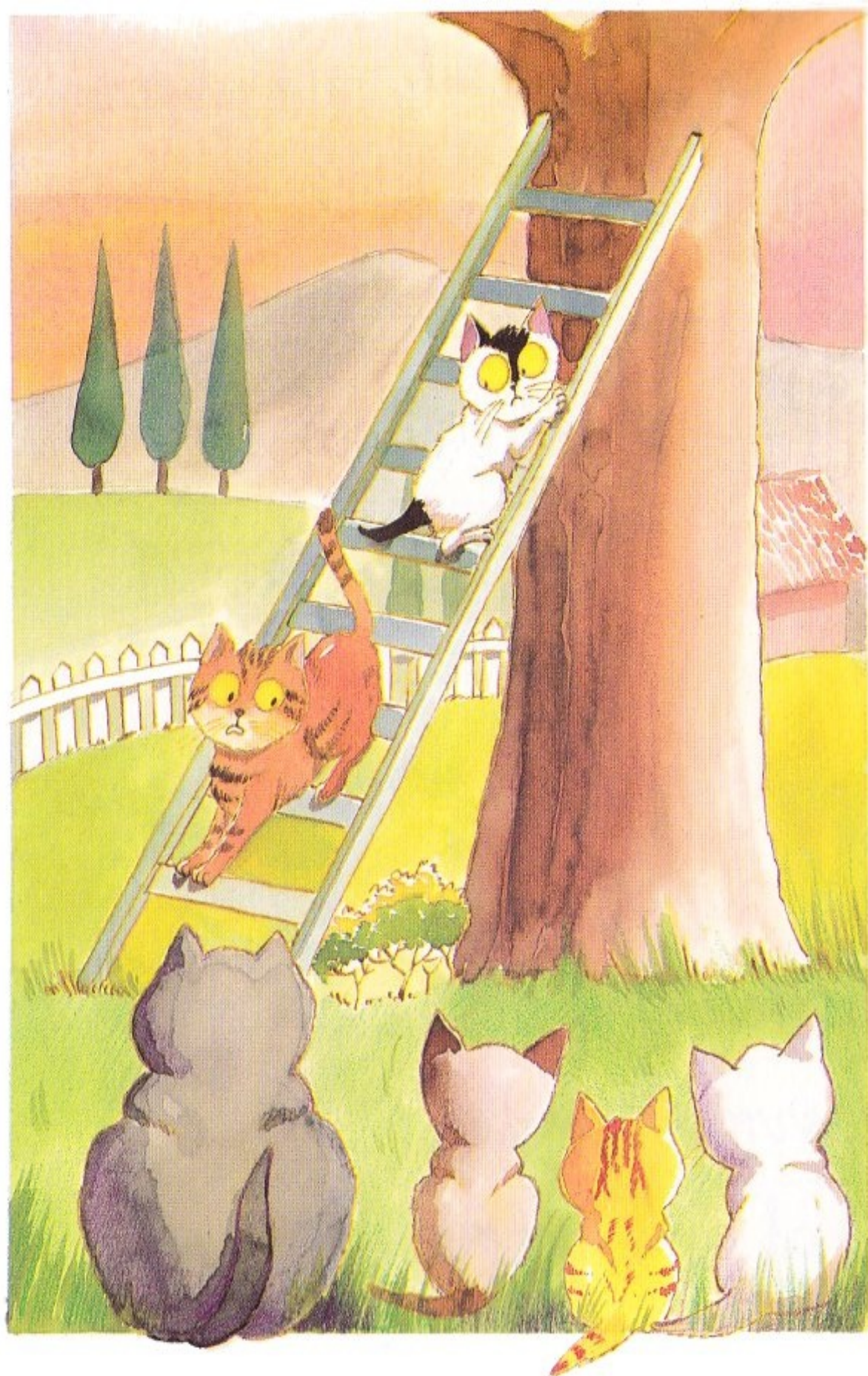
Los dos gatos se quedaron un poco cortados y decidieron bajar del árbol para ir tras ellas. Sin embargo, eso no era tan fácil. En realidad era muy difícil. Cada vez que miraban hacia abajo, se ponían malos: blancos y verdes de vértigo.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Nos quedaremos aquí para siempre? —decía el pobre Rufo, a punto de llorar.



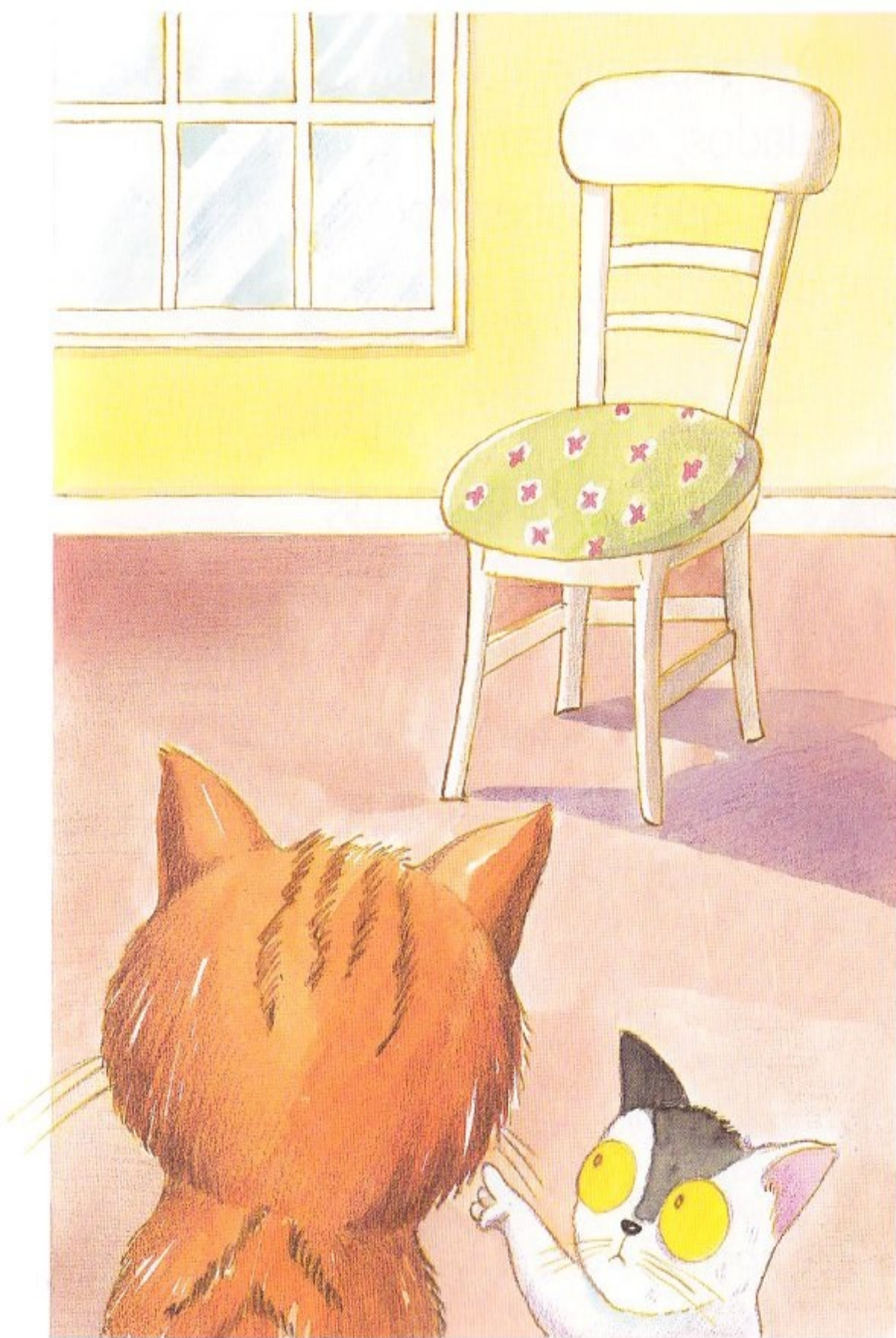
No se veía a nadie cerca para poder pedir ayuda, así que, pasados unos minutos, los dos gatos empezaron a ponerse nerviosos y acabaron maullando como locos, cada vez más fuerte, y más y más... Hasta que al fin algunas personas los oyeron y les pusieron una escalera por la que, temblando hasta los bigotes, bajaron aterrorizados, entre los aplausos y las sonrisas de todos los gatos, que se habían reunido bajo el árbol.

Desde luego, lo suyo no eran las alturas. Si querían ligar con las gatitas, tendrían que hacerlo con los pies en el suelo.



—Te advierto que yo no me vuelvo a subir ni a una silla —**decía Rufo.**

—Ni yo tampoco. Ya hemos hecho bastantes tonterías para no conseguir nada. Podríamos intentarlo de una forma menos difícil, yendo a buscarlas y hablando con ellas normalmente; al fin y al cabo, ya nos conocen.



Así pues, por la tarde, perfectamente acicalados, se fueron a buscar a Luna y Tuna, que estaban tomando el sol tranquilamente en el jardín.

—¡Hola! Somos otra vez nosotros, Rufo y Trufo. ¿Os acordáis?

—Pero ¿cómo no nos vamos a acordar después de la que armasteis cuando os subisteis al árbol! —dijo Luna.

—Ejem, ... esto... Sí... es que era un árbol gigantesco —contestó Rufo.

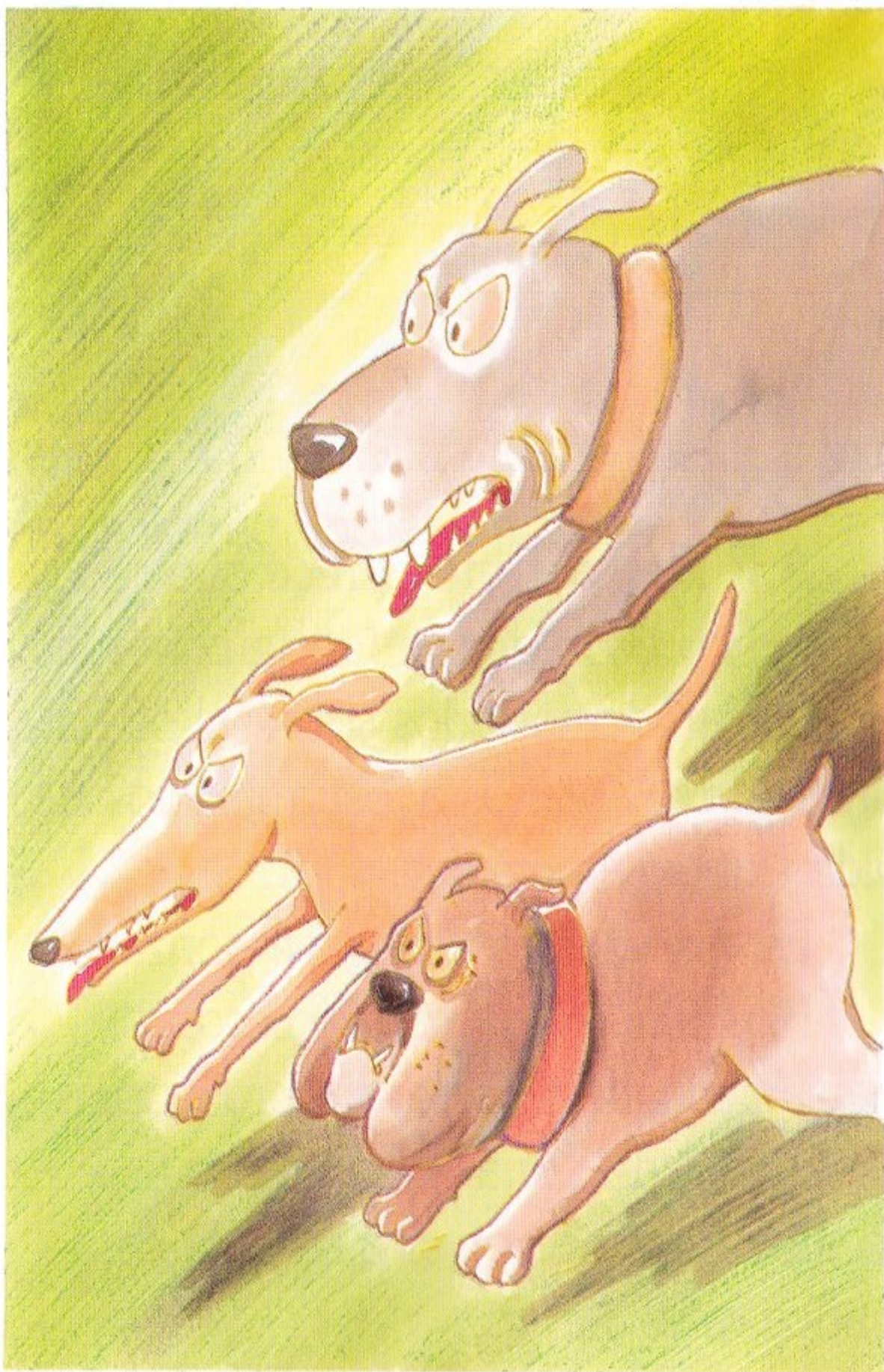


Mientras estaban así, distraídos, un enorme perrazo se acercaba por detrás de la casa con malas intenciones.

Cuando se dieron cuenta, ya casi lo tenían encima.

Más que correr, parece que volaban los cuatro, cada uno por su lado. Entre tanto, al primer perro se le unían otros amigos que iniciaban una tremenda persecución.

Todos consiguieron llegar a sus casas sanos y salvos, pero con un susto horrible.





A Rufo y a Trufo parece que se les salía el corazón de tan fuerte como les latía. Eran demasiados sobresaltos para unos pobres gatitos acostumbrados a la vida tranquila de su casa.

Estaban derrotados y avergonzados.

No habían sido nada valerosos: habían echado a correr sin preocuparse de Luna y de Tuna. Pensaron que lo mejor era no volver a salir de casa nunca más.

Aquella noche se fueron a dormir tristísimos, y, cuando llevaban un ratito en sus cestos, oyeron una musiquilla que venía de alguna casa cercana. Entonces recordaron que los habían invitado a una fiesta gatuna, pero, con tanto ajetreo, lo habían olvidado.

—Pues a mí no me importaría ir a ver esa fiestecita — dijo Rufo.

—A mí tampoco —contestó Trufo.

Despacito, salieron de casa y se fueron acercando a la fiesta.

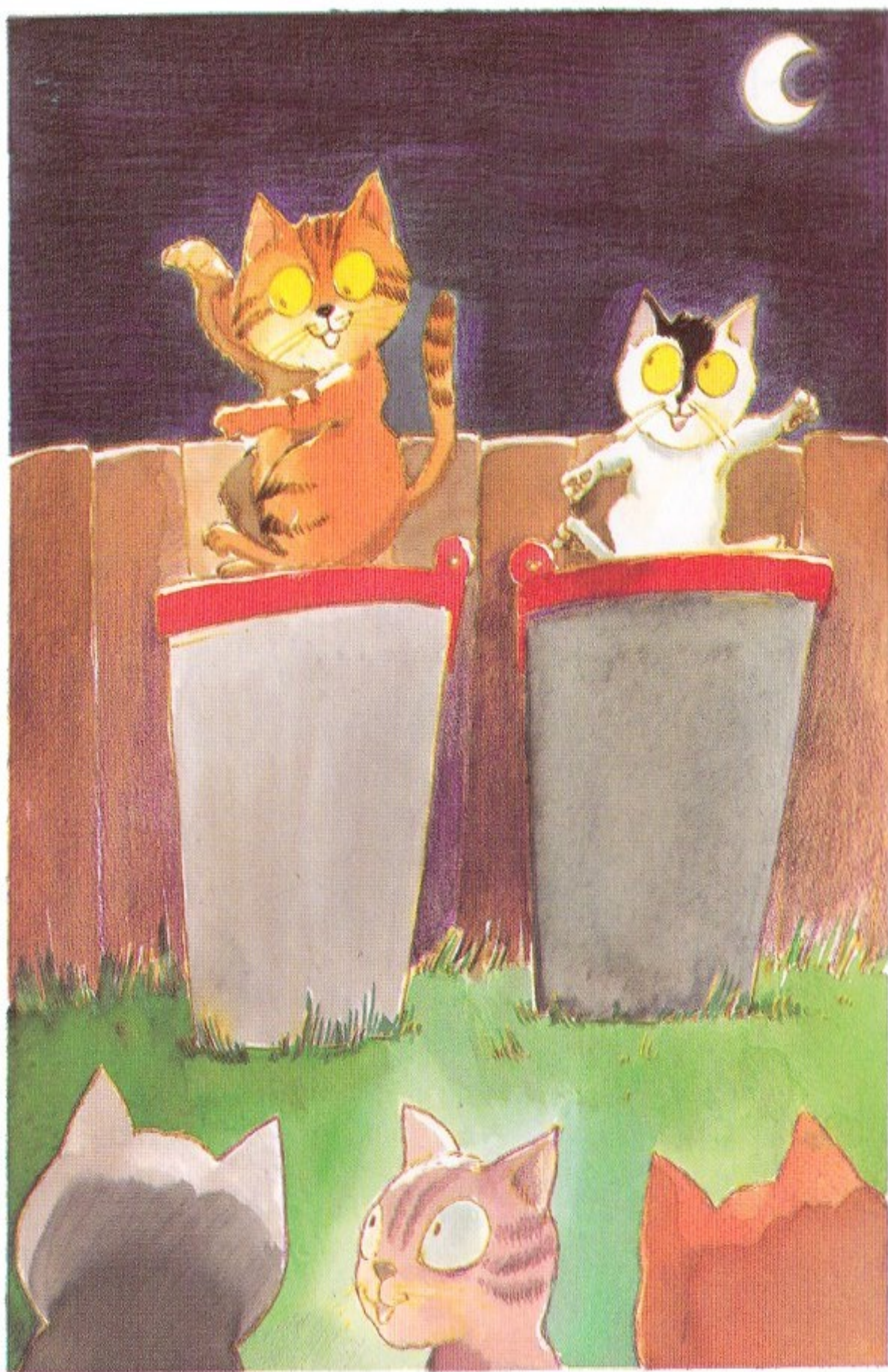
Estaban todos los gatos de los alrededores y también, ¡Luna y Tuna! Iban cantando por turnos: unos maullaban rumbas, otros imitaban a Mecano... En fin, era una fiesta muy animada.

—*Oye, y si nosotros...* —dijo Trufo tímidamente.

Rufo lo miró y ambos salieron al escenario.

¡Qué actuación! Cantaron, bailaron, contaron chistes... de todo. Nunca se había visto nada parecido.

Les aplaudieron a rabiar y, lo que es mejor, Luna y Tuna estaban encantadas.



—No sabíamos que cantarais tan bien —dijo Luna.

—Y que bailarais tan a la moda —añadió Tuna.

—Podríamos ser amigos y pasarlo estupendamente —

dijeron los gatos a dúo, casi sin creérselo. Habían intentado cosas tan raras y tan peligrosas... Y ahora, que no planeaban nada, les salía todo bien... Era estupendo.

Rufo y Trufo se miraron complacidos y, cogiendo de la pata a sus novias, se marcharon felices.

